

DAMIÁN BAYÓN

EGIPTOMANÍA:

CRÓNICA DE LAS VISIONES

La única manera de ver bien las exposiciones consiste en asistir a la inauguración: no a la del presidente o los ministros —mundana por definición— sino, sencillamente, a la de prensa.

Nos ordenan estar en el nuevo Louvre a las 14:30 de un martes (día de cierre de los museos nacionales), en una de las salas nuevas en nivel subterráneo, a las que se accede bajo la enorme pirámide transparente. Hipogeo y forma piramidal parecen ya alusiones por demás obvias de lo que vamos a ver: sirven —un poco— como su introducción.

Llego casi el primero, lástima que no nos dejen entrar por el momento: siempre, aquí —como en todas partes— hay un último clavo que clavar, un reflector que poner, un toque de pintura que aplicar a toda velocidad. Mientras tanto, la gente se ha ido agolpando: mucha señora de visón, anticuarios extranjeros y la inenarrable fauna de mis colegas. ¿Por qué serán tan raros los críticos de arte de cualquier sexo? Hombres despeinados, sudorosos aun en invierno, de ropas feas y flotantes, mujeres, sin edad y sin sexo, valetudinarios como un gordo que, gracias a sus muletas, trata de colarse antes, mientras yo pienso en el suplicio que le espera.

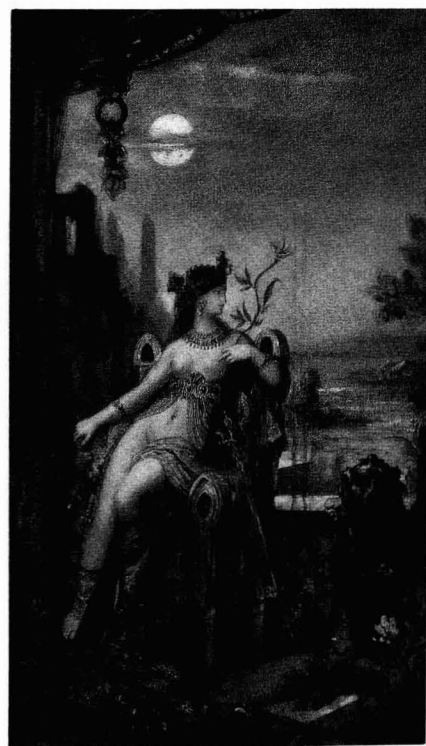
Como caballos de carrera, partimos apenas entreabiertas las puertas corredizas de vidrio que nos impedían el paso. Ante todo hay que ir a mendigar el *dossier* de prensa y las fo-

tos que nos regalan, aunque la marea humana enloquece a tal punto a las funcionarias encargadas del reparto, que opto por dejarlo para más tarde: sé que la exposición es pequeña y prefiero verla sin estar cargado de papeles que me impedirían escribir en mi imprescindible cuaderno. Dije que la exposición era pequeña; ahora que accedo a ella puedo agregar que es laberíntica, oscura deliberadamente, de muros tapizados de negro. Todo ese teatro —muy pensado— permite a los objetos expuestos bajo potentes luces presentarse como joyas en una joyería que estamos dispuestos a asaltar con voracidad.

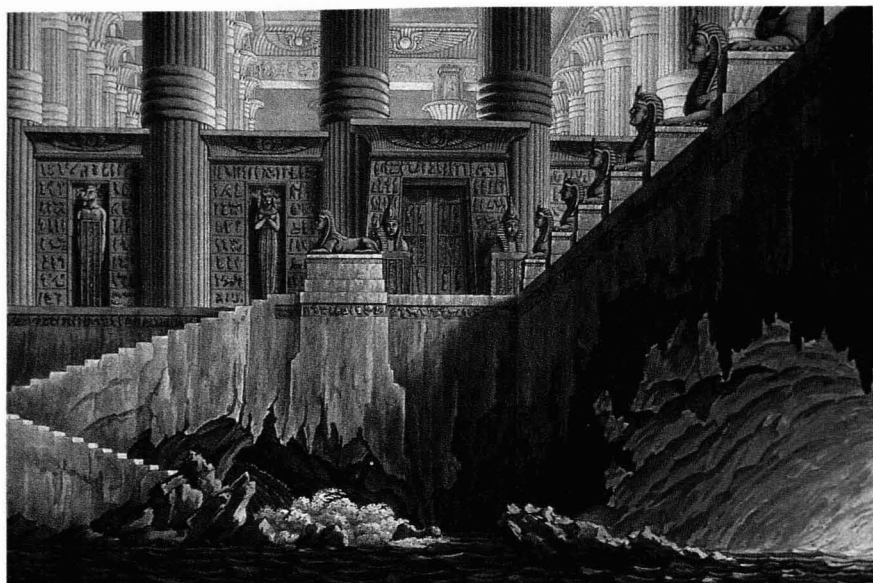
Por esta vez los carteles didácticos no se leen en la penumbra y, a riesgo de perderse, hay que lanzarse a la exploración. Apenas entro, un detalle me llama la atención: entre vitrina y vitrina observo unas pantallitas iluminadas de unos siete cm de alto por unos diez de ancho. De pronto, empiezan a funcionar: son maravillosos televisores en miniatura que —sincronizados a una central— proyectan videos sobre obras y temas egipcios (en una palabra: las piezas que no figuran en la exposición). Son como juguetes técnicos que demuestran hasta la insolencia el grado de desarrollo al que ya se ha llegado.

¿Historia? Entendámonos, es ésta una muestra para conocedores, nadie habla aquí de egiptología a secas. El título es por demás explícito y

lo dice ya todo: *Egiptomanía en el arte occidental 1730-1930*. Egipto fascinó tanto a los griegos como a los romanos, quienes adoraron también a esos dioses lejanos que les venían del Nilo. Hubo, después, siglos de indiferencia: toda la Edad Media y el Renacimiento prosiguen su marcha artística situada a años luz de todo lo que venga de Egipto. Aquí en Francia, la gente supone que la moda se desató con la Campaña de Napoleón y aquello de: “Soldados, cuarenta siglos os contemplan”, sin hablar de los sabios como Champollion y Ma-



Moreau, Cléopâtre assise, demi face, sur un trône élevé



Friedrich Schinkel, decorado para *La flûte enchantée*

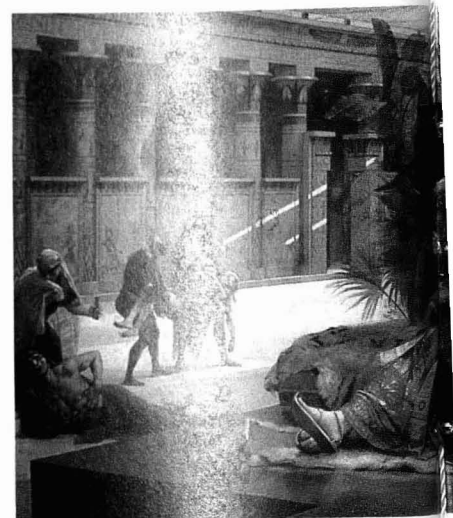
riette que el joven general llevaba en su séquito.

Nada de eso; desde el primer tercio del siglo XVIII, el mundo occidental sofisticado conoce una pasión por todo lo egipcio, no sólo para coleccionarlo sino —más bien— para “soñar a partir de la idea de Egipto”. La verdad es que ella da para mucho: los jeroglíficos que todavía entonces no se han descifrado, las obras “faraónicas”, más el cautiverio de los judíos: tanto Moisés salvado de las aguas por la princesa, como José interpretando los sueños del faraón. Y para cerrar el ciclo de lugares comunes: Cleopatra, la perla disuelta en vinagre, la mordedura del áspid como suicidio original, sus tempestuosos amores. Incluso se cuelan temas extra-egipcios como la muerte del bello Antonio, que Marguerite Yourcenar decide ahogar en las aguas del Nilo.

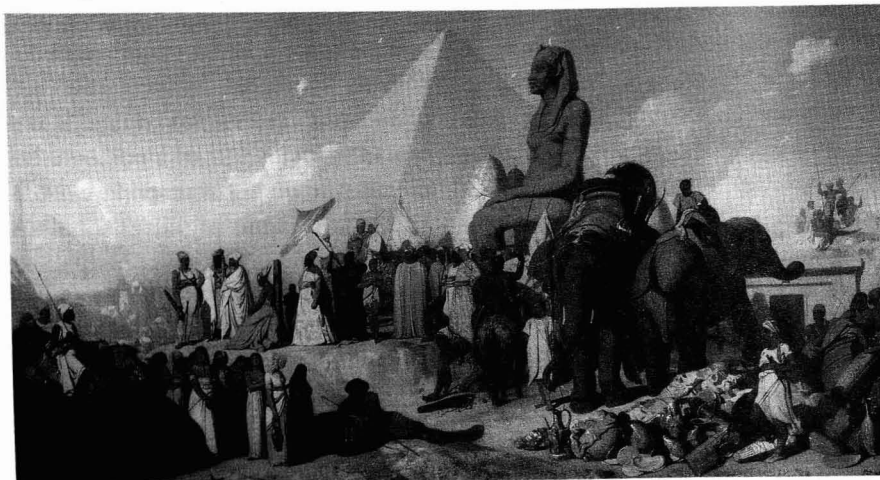
No se alarme el lector, no hay tanto aquí como parezca anunciar. Lo curioso para los historiadores del gusto es comprobar que hay un Egipto para cada época y cultura. Uno del siglo XVIII, poco verosímil, con variantes inesperadas: los ingleses se lanzan a la cerámica opaca y en colores pastel de la fábrica Wedgwood, cuyas piezas son deliciosas y en pequeña escala. En cambio, la

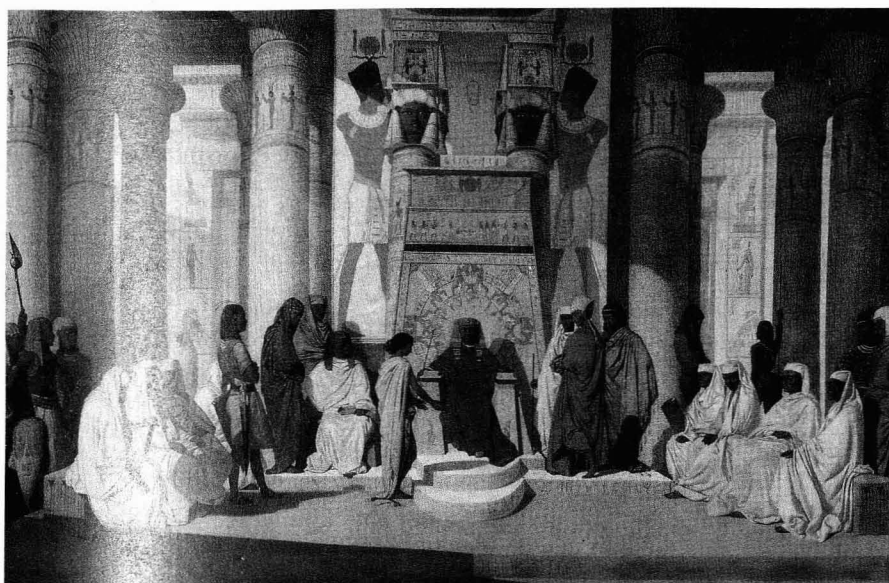
porcelana francesa de Sevres entiende lo egipcio como suntuosas vajillas: en *biscuit* opaco, blanco; o en lustroso azul profundo combinado con oro, lo que tampoco tiene forma, proporción, color o espíritu ni remotamente egipcios.

En el XIX habrá más academicismo pero mayor verosimilitud: a partir de piezas auténticas (en la exposición hay algunas grandes y hermosas esculturas), los ebanistas, relojeros, escenógrafos, pintores imitan mejor lo antiguo. Ya mencioné los temas: las obras no tardan en llegar. Pueden ser neoclásicas: como un decorado para *La flauta mágica*, del arquitecto alemán Friedrich Schinkel, o la maqueta del italiano Antonio Canova para la tumba de

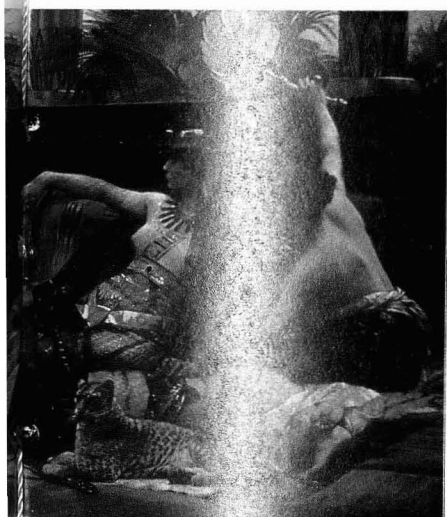


Adrien Guignet, *Cambyse et Psamménite*





Adrien Guignet, Joseph expliquant les songes de Pharaon



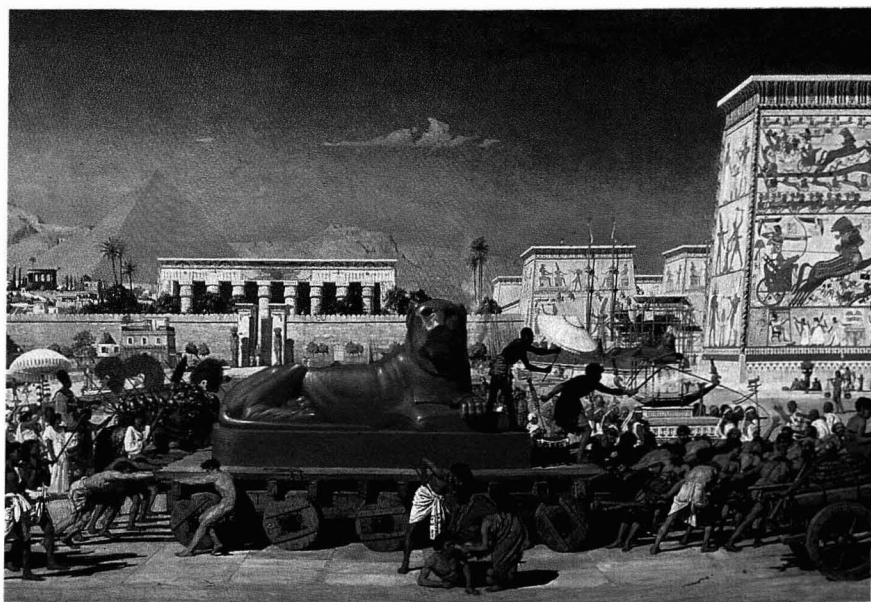
A. Cabanel, Cléopâtre essayant des poisons sur les condamnés à mort

Tiziano, cuyo original está en la veneciana iglesia de San Giovanni e Paolo, donde la presencia egipcia es sólo un triángulo de mármol blanco sobre fondo negro.

En el campo pictórico se lucen franceses e ingleses: entre los primeros figuran dos cuadros de Adrien Guignet, uno al aire libre, con fondo de Gran Pirámide, se titula *Cambises y Pseménite*; el otro, colocado en el interior: *José explicando los sueños del Faraón*, en el que hay bastante fidelidad arquitectónica, aunque los personajes parezcan vestidos a la usanza árabe muchos siglos antes de Mahoma.

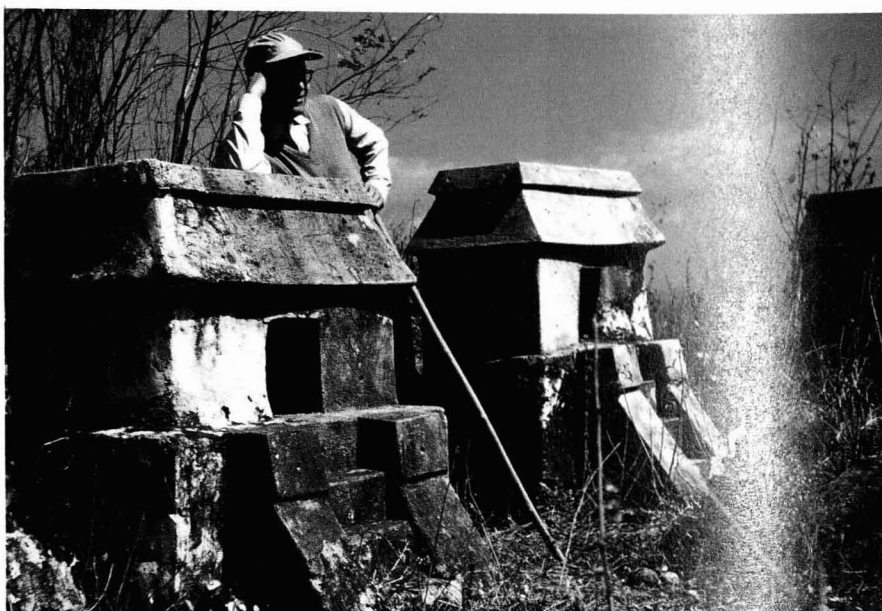
El inglés John Poynter resulta más cinematográfico (en cinemascope), con su muy apaisado cuadro *Israel en Egipto* (1867), de dinamismo congelado y brillantes colores; en cambio, más reciente, familiar y falso parece *Los dioses y sus creadoras* (1878) de Edwin Long. Un paso más y estamos frente al *pompier* francés Alexandre Cabanel que pinta a *Cleopatra ensayando venenos en los condenados a muerte*. Y más cerca de nosotros y con sensibilidad decadente: Gustave Moreau, autor de una acuarela recamada que representa a *Cleopatra sentada sobre un alto trono*.

Hubo, en fin, un Egipto *art nouveau* que se revela en ciertos objetos suntuarios o decorados gigantescos como algunos para la ópera *Aída*; así como un Egipto *art déco*, del que puedo testimoniar como vivencia: de chico, en los años veinte, todo se hizo "egipcio": yo tuve un *pull-over* egipcio, mi madre, una cartera de noche llena de triángulos. ¿Se parecen esos caprichos a la verdad que está en los grandes museos, empezando por el Louvre? En absoluto: si hubo siempre *chinerías* y *japonerías*, parecería que no puede cerrarse el capítulo de un Egipto mítico que yace en el fondo de la mente sensible humana: eterna fuente de inspiración que va en vías de no agotarse nunca. ■



John Poynter, Israel in Egypt

*José Gaos, Fernando Salmerón y Francisco
González Aramburu.
Zona arqueológica de
Quiahuiztlan, Ver., 1957*



Visita a la zona arqueológica de Quiahuiztlan, en la costa de Veracruz, en 1957. En ese tiempo, asistir a este sitio, compuesto estrictamente de tumbas prehispánicas, representaba toda una aventura por el difícil acceso al lugar. El doctor Gaos se encontraba realizando su primera estancia en la Universidad Veracruzana. Las fotos, pertenecientes al archivo del doctor Salmerón, fueron tomadas por el arqueólogo Alfonso Millán Zenil.